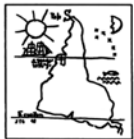


Memoria del espacio

Eduardo Cardozo





GALERIA
S U R

GALERÍA SUR. PUNTA DEL ESTE

Ruta 10, Parada 46. La Barra - Uruguay

Tel: (+598) 4277 2014

M.: +598 99 68 40 99

sur@montevideo.com.uy

DIRECTOR

Martín Castillo

COORDINACIÓN

Graziella Zito

PRODUCCIÓN, ARCHIVO Y VENTAS

Jimena Castillo

PRODUCCIÓN COMUNICACIÓN Y VENTAS

Daniela Castillo

www.galeriasur.com.uy

Instagram: @galeriasur

Memoria del espacio

Eduardo Cardozo

GALERIA SUR



Un pedazo de cielo

Ana Inés Larre Borges

“Paisaje”. Todo empieza en un rincón del cuarto —la palabra “habitación” sería excesiva para nombrar este lugar austero—, el piso de tablas manchado de pintura, el zócalo incompleto, las paredes descascaradas y casi vacías, donde la presencia de unas indiscernibles láminas en precario equilibrio hace más evidente el despojamiento general. En el piso un par de pomos vacíos confirman que estamos en el taller del artista.

Los demás cuadros de la serie suman otros objetos, pocos, selectos. Sillas donde se apoyan los materiales, una estantería con libros en desorden, un balde de pintura en el suelo o un cuadro de otra época recostado a la pared son los protagonistas de interiores silenciosos. Hay también asientos vacíos que imperan inmóviles sobre las tablas como personajes de Beckett. En una de estas pinturas, una de aquellas “telas” creadas por el artista cuelga de un clavo y en el nuevo marco semeja una frágil prenda que alguien dejó olvidada. En otra se atisba, detrás de la silla protagónica, una figura de mujer en pequeño formato, casi una cita, de un pintor admirado; es la Duquesa del Carpio retratada por Goya, que Cardozo descubrió en el Louvre, y cuya tristeza lo conmovió. No hay otras figuras humanas. Aquí no hay personas, pero están las huellas de lo humano, de la vida y del arte. No es preciso excavar para advertirlas, estas no son ruinas. Alcanza con mirar el tiempo suficiente para advertir la telaraña en lo alto de un techo color cielo, un zapato perdido de su dueño y, ante todo, la presencia cercana del pintor. Sentir que acaba de dejar



el pincel sobre la silla o que sigue parado frente a la tela, fuera de campo, pero en el lugar preciso desde donde todavía observa el cuadro inacabado.

El nuevo proyecto de Eduardo Cardozo es, en más de un sentido, inaugural. Estas pinturas marcan una inflexión intimista en su obra, un paso hacia la mimesis, una nueva perspectiva. Al pintar su taller, dirige los ojos al espacio en que trabaja y a los objetos que lo rodean cada día, pero es su mirada la que elige y dispone y da el sentido. No hay azar, pinta lo que le importa y lo que le importa lo acompaña: libros, pinturas, la tradición de los maestros. Mira y recuerda. Recupera la aventura de "El Quijote de Tres Cruces" a través del retrato del único asiento de aquel trolley que todavía conserva. En la memoria perduran y conviven el afecto por aquella irreverencia con su pasión por el art brut y un sentimiento de amistad cada vez más fuerte por los grandes y no tan grandes maestros de la pintura. En la tela se concilian fervores. Levanta la vista para saludar una telaraña o baja la mirada para observar desde el cielo a sus criaturas: los botes, pomos y baldes de pintura. La representación de los materiales, espaciados o arracimados, es omnipresente. A veces asoman como un discreto testimonio, otras ocupan sillas en las que nadie se sienta y acaban por merecer un papel principal. Esa conquista se manifiesta en los últimos cuadros de la serie, que recuperan su pintura abstracta y evocan las superficies planas en gran formato de la exposición del invierno de 2012 en el Museo Nacional de Artes Visuales. Ahora los pomos ocupan el lugar de las formas irreales y fragmentadas que componían aquellos cuadros. Este homenaje íntimo, que Cardozo dedica a la pintura en su más elemental y modesta materialidad, admite ser leído también como una declaración de principios que reivindica y proclama su lugar en el arte. Uno de estos cuadros se llama significativamente "El principio", y allí los pomos parecen espermatozoides danzantes bajo un microscopio. En un gesto lúdico, que acaso relativiza la pretensión de cualquier proclama, Cardozo suma a estas pinturas una suerte de ready

made que fue construyendo a partir de los pomos de pintura utilizados, mientras pintaba. Dispuestos y alineados sobre un soporte rectangular, los envases exhaustos se rescatan como obra y reproducen la paleta apastelada de su autor, que acuerda riendo: "Son todos de distintos colores, pero acaban pareciendo todos iguales".

El taller de Eduardo Cardozo, aunque a menos de dos cuadras de la avenida 18 de julio, está en una zona tranquila del Cordón. Ocupa una de esas casas de principios de la década del treinta, comunes en el barrio, con su fachada de revoque gris, techos altos y postigos verticales. La conocí hace unos años, cuando Cardozo estaba dedicado a las telas de grandes dimensiones, intervenidas, pintadas y cosidas por él, como la que cuelga ahora en el cuadro. Entonces su pintura avanzaba sobre cada tramo del taller hasta invadir todos los ambientes. En su caso no se trata solo de un efecto de acumulación de obra, sino de una actitud y de una forma de relacionarse con el espacio. Las paredes lastimadas dejaban ver en capas superpuestas los colores ingenuos de época: verdes pastel, rosas y un celeste claro que se confunden con la paleta serena del artista, porque también las paredes fueron lienzo. Volví ahora, la inocencia perdida, sabiendo que tendría que escribir. Tomé algunas fotografías de la nueva serie en las que es difícil discernir dónde acaba la pintura y comienza el taller. En las fotos, el retrato de la silla con esterilla está próximo a la silla que fue su modelo, y la biblioteca pintada se continúa en la original de un modo extraño. La densidad material de la pintura de Eduardo Cardozo inesperadamente disuelve los límites entre realidad y ficción.

Hay una de las paredes del estudio que no aparece en las pinturas. Paradójicamente, es la que concentra mayor cantidad de objetos: un reloj detenido en las 4 y cuarto, que era de Álvaro Zinno, su amigo y socio en varios proyectos, un asiento que, convertido en tela, cuelga vertical, dibujos de sus hijos cuando chicos, entre otras que olvido. Un dibujo a lápiz de un pie y una mano llama mi atención por su virtuosismo clásico. Es un dibujo

Paisaje
Óleo sobre madera
100 x 100 cm



de su adolescencia y el pie y la mano también le pertenecen. Desde niño Eduardo Cardozo dibujó con destreza, su padre era profesor de dibujo y dibujante, y tenía una librería en Vergara. En su juventud, el hijo supo ganarse la vida como ilustrador. No acabó de centrar su carrera en ese talento y, en tiempos de fascinación por el art brut, lo combatió obligándose a dibujar con la mano izquierda. En esa absurda dilapidación creo reconocer una ética de artista. "Debe haber un desafío" fue una frase que repitió cuando le pregunté por sus pinturas.

Los títulos de esta serie son parques o elusivos, a veces también, misteriosos. Hay uno que destaca por su ironía: "Lo que nunca escribí" nombra la pintura de un cuadro. Es verdad que hay también un papel en escena, pero no se distingue si está escrito, acaso porque, como con franqueza avisa el título, nadie escribió. La obra no miente, pero guarda el secreto y vuelve a pintar una ausencia. Conozco a Eduardo Cardozo desde hace años, lo sé lector y hemos hablado más de literatura que de arte, pero solo ahora lo escucho decir "Pinto porque no pude ser escritor". No hay una historia detrás de la confesión, ni un intento ni fracasos, pero lo enuncia radicalmente. Lo que no escribí pasó a formar parte de su obra como lo que sí leyó. Lo indica la biblioteca blanca en estos cuadros que, en "Gótico" (¿otro título à clef?) aparece enfrentada a un balde de pintura. En la consagradoria exposición de 2012, Rauschen, un collage de acrílico y azulejos sobre papel se llamó "Palabras", y es presumible que encontremos otros registros de esta pasión por la literatura a lo largo de su carrera. Es sabido el interés de este artista por Nietzsche. Ahora confiesa a Dostoievski, Carson McCullers y, sobre todos, Faulkner. Hablamos de la resistencia que opone su prosa al lector y coincidimos en el culto a *Mientras agonizo*. Como si se tratase de una escena ensayada, Eduardo se pone de pie y cambia el cuadro que estaba sobre el atril. Me muestra una pintura de la crecida del río desbordado que los Bundren, para su desgracia, deciden cruzar. No está el padre, ni los hijos, ni la

Pliegues
Óleo sobre cartón
80 x 106 cm



carreta, ni el cajón que carga con la madre muerta, solo las aguas. La estrategia de la sustracción hace también a una de las pinturas más enigmáticas de la serie, “Sueño”, que esconde un homenaje secreto.

“Recuerdos del quijote” alude a un episodio conflictivo de su carrera, cuando un proyecto audaz de intervención urbana —la idea, compartida con Tato Peirano, era plantar un trolley vertical en la Plaza de la Bandera que desafiara a los gigantes enemigos que dominaban ese territorio: la bandera de la dictadura y la cruz del papa— ganó el primer premio de un concurso municipal en 1994. No pudo concretarse porque fue censurado y prohibido por las autoridades de la Intendencia y, para mayor afrenta, les entregaron el dinero del premio. Lo usaron para comprar un trolebús destartado que transportaron hasta Tres Cruces, donde lo depositaron horizontal y en derrota. *El Quijote* fue tolerado por un tiempo y acabaron regalándoselo a un constructor para una obra. Un final melancólico de héroe de cine mudo. Cardozo lo recuerda ahora con ganado humor. Incluyó en la pintura un mensaje, que llega al cuadro de otras zonas de su creación —fue antes un ready made, un libro-ladrillo impregnado de yeso—, y que me gusta aceptar como promesa: “Todos los futuros del mundo”.

Acaso no es casual que, después de dos años de confinamiento, Eduardo Cardozo haya creado esta serie. La suspensión del mundo le dio la oportunidad para emprender este viaje por la pintura y la memoria. Son pinturas hechas durante la pandemia y llevan su marca, pero no sus miedos. Como los escritores, los pintores son cautivos voluntarios y el aislamiento, una soledad elegida. El taller es un lugar de nacimientos que trascienden la soledad y acaban por refutarla. Tal vez por eso esta pintura deshabitada no transmite vacío, sino compañía, fraternidad, y hasta una contenida alegría. Aunque no haya ventanas, siempre hay en la pintura de Cardozo un pedazo de cielo.

La silla
Óleo sobre cartón
80 x 106 cm





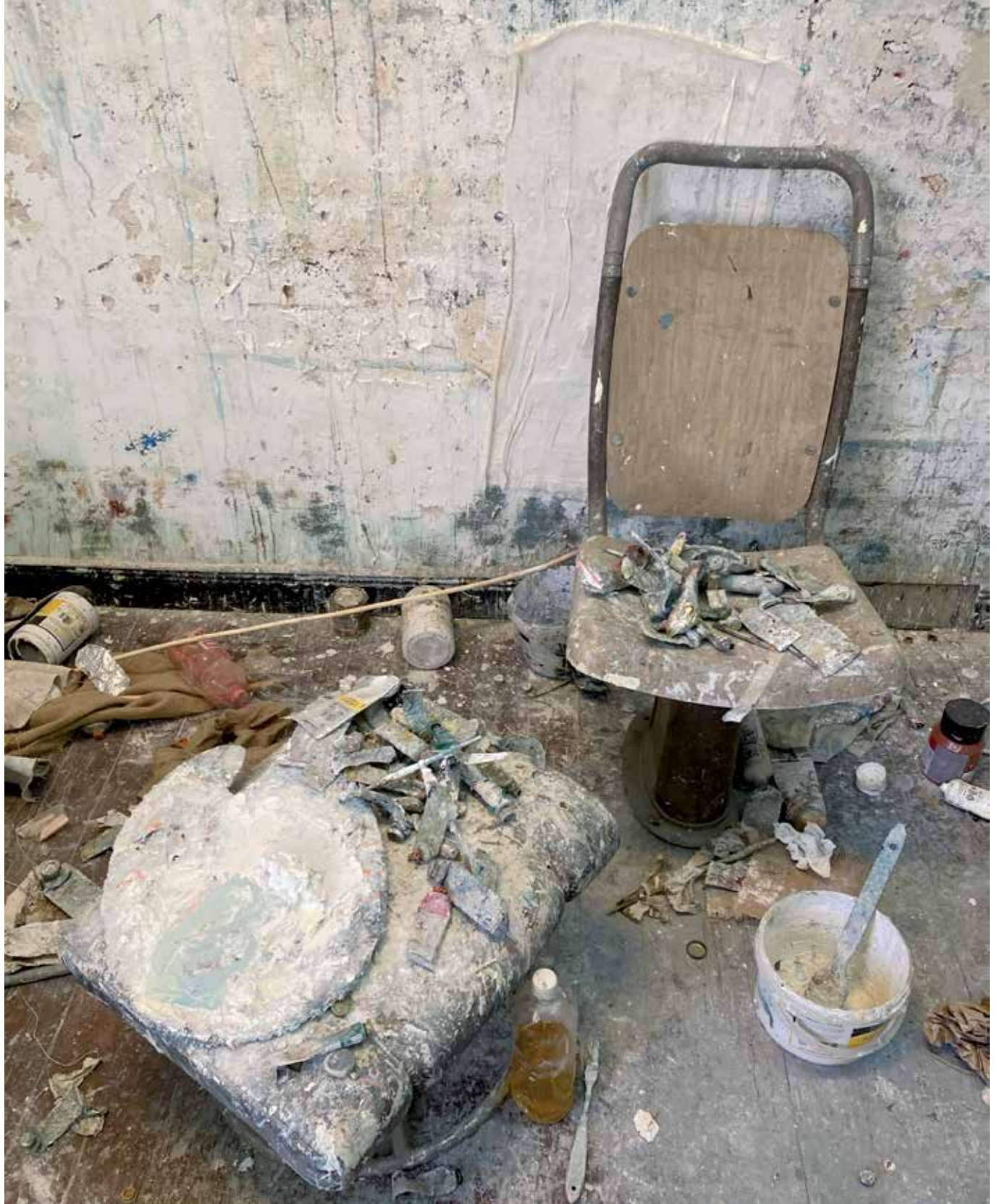


Gótico
Óleo sobre cartón
80 x 106 cm



Telaraña
Óleo sobre cartón
80 X 106 cm







Rosado
Óleo sobre cartón
80 x 106 cm



Lo que nunca escribió
Óleo sobre cartón
80 x 106 cm





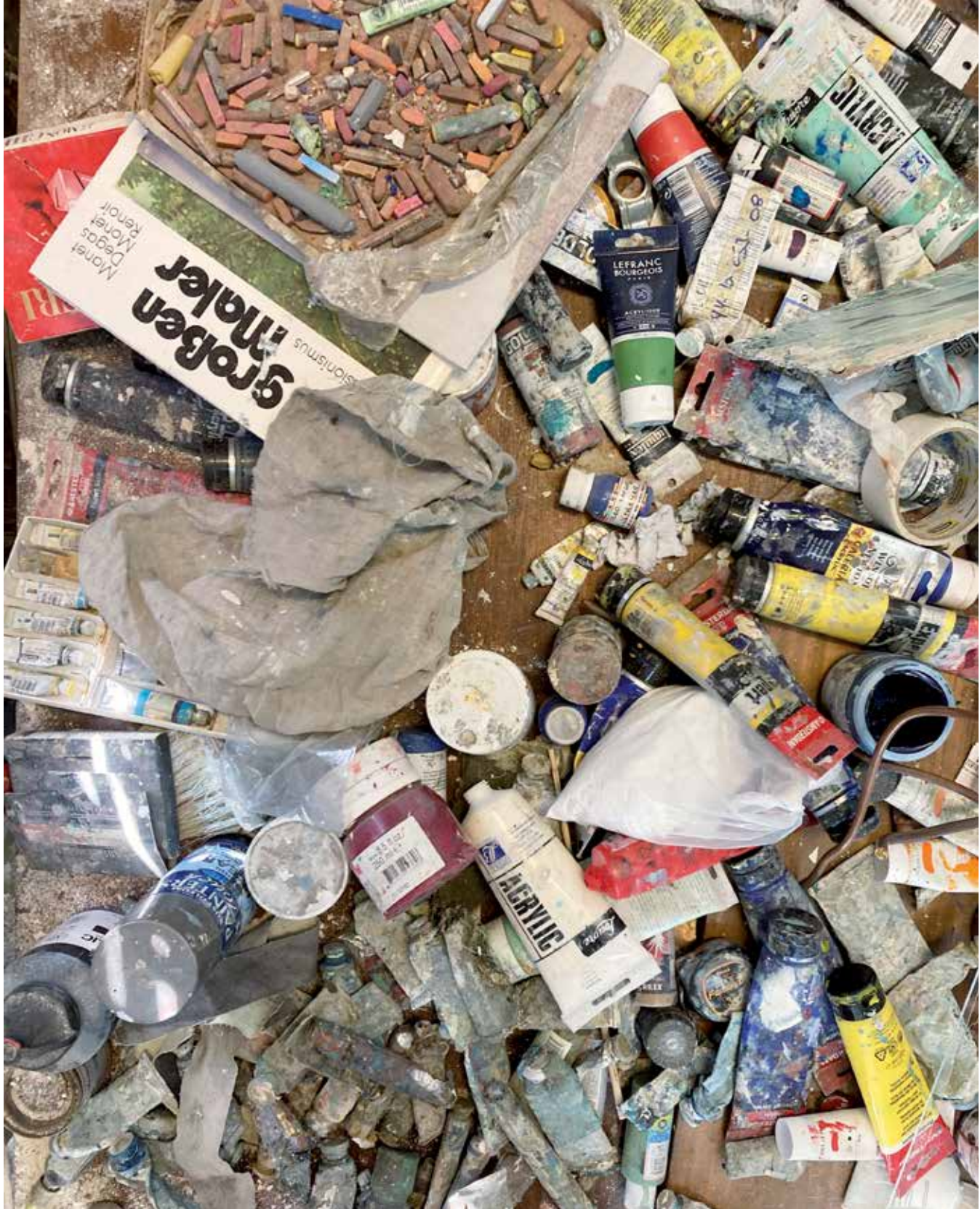


Recuerdos del quijote
Óleo sobre cartón
80 x 106 cm



Sueño
Óleo sobre cartón
80 x 106 cm







Vista aerea
Óleo sobre tela
100 X 120 cm



El baile
Óleo sobre arpillera
70 X 90 cm



La ronda
Óleo sobre arpillera
70 X 90 cm





El principio
Óleo sobre liencillo
86 x 145 cm







Página anterior
Vacío
pomos de óleo sobre madera
41 x 144 cm

Cordón
Óleo sobre tela
100 x 120 cm





Eduardo Cardozo

Nace en Montevideo en 1965.

Estudia en la Escuela Nacional de Bellas Artes y en la Facultad de Arquitectura.

Estudia grabado con Luis Camnitzer en Italia.

Realiza exposiciones individuales en Galería Sur, Museo Nacional de Artes Visuales de Montevideo, Museo Juan Manuel Blanes, Subte municipal, *Artfulliving* (Washington D.C.), Galería del BID y embajada de Uruguay en Washington D.C.; Galería Laca (*Charlotte*, N.C.); Ayuntamiento de Wertingen (Alemania) entre otras. Participa de la Bienal de Cuenca (Ecuador), de la Bienal del Mercosur (Porto Alegre, Brasil), Bienal "Do ut do" (Pompeya, Italia). Con Galería Sur participa de las ferias internacionales de Arteaméricas, Miami; *Cornice Art Fair*, Venecia; ARCO Fair, Madrid; Arteba, Buenos Aires; SP arte, San Pablo.

Obtiene, entre otros, el primer premio salón Nacional de Artes Visuales, el primer premio Bicentenario del Museo Nacional, el premio Paul Cézanne de la Embajada de Francia, primer premio Salón municipal de Montevideo.

Realiza intervenciones en los Hoteles Vik de José Ignacio, murales en Viña Vik Chile y en Galleria Vik Milano.

Texto:

Ana Inés Larre Borges

Fotografías:

Eduardo Baldizán

GALERÍA SUR, Punta del Este 2021

Ruta 10, Parada 46, La Barra, Punta de Este

Empresa Gráfica Mosca

D.L.

IMPRESO EN URUGUAY

GALERÍA SUR © 2021